

En todos los otros «descubro la faz de Cristo»

ORACIÓN

para la devoción privada

Oh Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que tanto amaste a los hombres que nos diste tu misma vida en tu Hijo y el Espíritu Santo, viniendo los Tres a morar en nosotros; envíanos tu Espíritu, para que conozcamos el amor que nos tienes y creamos en él, de manera que nos impulse a dar la vida para la edificación de tu Iglesia Santa. Tú que hiciste a tu sacerdote JOSÉ RIVERA admirable por su confianza en tu gracia, concédenos por su intercesión el don de una vida intensa de oración y mortificación, por la que podamos gozar de la intimidad del Crucificado y salvar con Él a muchos hermanos. Que tu gloria brille en el reconocimiento de su santidad por parte de tu Iglesia. Concédenos por su intercesión el favor que ahora te pedimos... Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



SIERVO DE DIOS

JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

sacerdote diocesano

BOLETÍN N.º 16

TOLEDO. JUNIO, 2005

De sus escritos...

Oración de 6 a 8. Pienso: la lectura de los comentarios a Job y de la encíclica del Papa, me introduce más íntimamente en el misterio del dolor humano. Repaso la lista de dirigidos; repaso las historias de otras muchas personas conocidas, inmediata o mediatamente (por referencias orales, por lecturas), y en todas encuentro dosis de sufrimiento rayanas con lo insoportable. Hay quienes se «divierten»; pero tal solución no alivia el pesar humano, sino que deshumaniza, despersonaliza a los tales. Consecuencia intolerable para mí, aun prescindiendo -si pudiera prescindir- de la totalidad de la existencia del hombre: de su eternidad. (...)

Ahora: cuando un miembro del cuerpo no se siente afectado por el dolor de otro; cuando no reacciona espontánea e intensamente en favor de él, no hay más que concluir que también este miembro está enfermo. Cada miembro le debe al otro, a todos los demás, con deuda ontológica, esta reacción inmediata y vigorosa de compadecimiento. Y si no me compadezco con las personas que trato, ello significa palmariamente mi infantilismo y mi enfermedad...

Voy siendo más sensible -sobre todo en los momentos de las absoluciones que administro- a este misterio enorme del ser humano. En el fondo de tantas personas, aparentemente sin importancia, desfiguradas por las costumbres, por la edad, por los anquilosamientos y los mecanismos más o menos patológicos -y son la inmensa mayoría-; en los niños, en los ancianos, en los desequilibrados, en los que se estiman por normales... descubro más y más espontáneamente la faz de Cristo... que quiso pasar por este «desfiguramiento», siempre en su vida terrena y, sobre todo, en las horas de la Pasión... Y voy cobrando respeto... Cuando a un crío que se me acusa, poco menos que mecánicamente, de sus rabieta, desobediencias, olvidos de Dios; cuando a un anciano, cuya mediocridad parece irremediable, yo le lanzo la absolución de sus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... invocando la muerte y la resurrección del Señor... ¡Qué grandeza misteriosa debe de haber en el núcleo personal tan recóndito de tales individuos...!

Y estas apariencias humanas, tan miserables en sí, que me rodean por todas partes... y esta lamentable apariencia mía, la más perceptible de todas para mí, tan reiteradamente absuelta de sus pecados, miles de veces... ¡Qué gloria eterna debe de contener, o más exactamente: debe de ser, y por lo mismo debe ser! ¡Qué dinamismo de gloria en mí mismo; en cada uno de los «otros»!. La gente es -se manifiesta- superficialmente «pesada»: unos pesamos sobre otros y constituimos así, la inmensa pesadumbre que agobia a cada uno. Mas allá, al fondo, se oculta el «peso» real: la densidad del núcleo personal: la gloria, la grandiosidad humana, de la imagen divina, eterna, filial, cristofánica, espiritual... que ha de aparecer cuando se desvanezca la figura de este mundo; la apariencia pasajera, continuamente huidiza, que nos va desgarrando al huir. Y los mismos desgarrones, que ahora nos desfiguran más todavía, van abriendo el velo que esconde la grandeza imperecedera, con su peso que la lleva, en movimiento «uniformemente acelerado», a la ostentación de la realidad absolutamente maravillosa...

La misión que me ha dado el Señor en este mundo es cabalmente formar -con Él- tales maravillas. Y el modo, es la honda y extensa participación en el sufrimiento que desgarrar y desfigura... Y yo tengo todavía demasiada fachada ante mí mismo y ante los más íntimos, para laborar en la tarea.

(Diario, 12 de Marzo '84)

De nuestra memoria...

Era otoño. Yo tendría unos 20 años. Recuerdo que un buen día, Paía, gran amiga mía, a quien había conocido gracias a Acción Católica Diocesana de Toledo, me animó a entrevistarme con D. José, entrevista que tuvo lugar al cabo de algunas semanas. Ya en esa primera conversación que tuve con él, noté que era un sacerdote diferente a todos los que yo conocía. Entre otras virtudes, observé que era un sacerdote santamente obsesionado por darse a todas las personas que se acercaran a él, sea cual fuera su estado o condición. Con D. José empecé a entender lo que es la santidad, no sólo porque a través de sus consejos él me ayudaba a comprender la vocación de todo cristiano a la santidad, sino sobre todo porque con su ejemplo él me estimulaba a intentar ser santa.

Al poco tiempo de aquella primera charla, D. José fue nombrado director espiritual del Colegio Mayor del Salvador, de Salamanca. No obstante me dijo que le escribiese cuando yo lo necesitara; siempre que yo le escribía él me contestaba, y poco a poco sus consejos y enseñanzas me iban ayudando a madurar en mi vida cristiana.

La espiritualidad de D. José, que se fundaba en una inmensa confianza en la gracia y en vivir a tope la filiación divina (él se había enterado verdaderamente de lo que S. Juan nos dice en 1 Jn 4,16: «nosotros somos los que hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene»), tenía algunas de sus expresiones en: el trato frecuente y prolongado con Jesucristo —le faltaban horas al día y sobre todo a la noche para poder gozar de la intimidad con el Señor—, su gran amor a la Iglesia, su entrega —siempre estaba dispuesto a escuchar y atender a cualquier persona como si “eso” fuera lo más importante en ese momento—, su amor a los pobres, su desapego de los bienes materiales, su profundo sentido de penitencia —podía pasarse horas e incluso días sin comer—, su buen humor y

su entusiasmo aun en momentos especialmente delicados, su humildad —nunca hablaba de si mismo—, y su libertad —era un hombre tremendamente libre— ayudándonos a los demás a vivir en la libertad de los hijos de Dios,... que nos fue transmitiendo a los que de un modo u otro nos relacionábamos con él.

En su faceta de director espiritual destacaría en él el interés y atención con que escuchaba mis problemas, cómo recordaba perfectamente los temas y consultas que le había planteado en la conversación anterior.

Era un sacerdote que vivía apasionado por dar testimonio con su propia vida de aquello que predicaba y sobre todo por intentar ser reflejo vivo del amor y de la ternura de Jesucristo. Él había experimentado en su propia vida ese amor y esa ternura, y por tanto él no podía hacer otra cosa que no fuera amar a las Personas Divinas y también a las humanas con las que se relacionaba.

Recuerdo el bien que me hacía el que animara a acoger la Palabra de Dios y revolver y gustar interiormente, como María, la realidad de la presencia del Padre, de Jesucristo y del Espíritu Santo en mi vida. Así podría yo ser fuente de vida sobrenatural para los demás, especialmente para mi marido y mis hijos. Así, en alguna de sus cartas me decía: «mejor esposa y madre será Ud. cuanto más fiel sea a Jesucristo. Viva mucho su filiación con respecto del Padre y la conciencia de que su marido y sus hijos son hijos de Dios antes que nada. El corazón de la Virgen María para Ud. ha de ser muy parecido al corazón de Ud. para con sus hijos».

Doy gracias a Dios por el regalo especialísimo que nos ha concedido en D. José. Ojalá algún día nuestra Madre la Iglesia le reconozca como un sacerdote santo.

Juana M^a Pérez Sanjuan, seglar

Agradecen favores...

M. P. M. (Toledo): *En el mes de febrero de 2002 tenía mi niño ocho mesecitos, se criaba hermoso, sin ningún tipo de problemas. En dicho mes empezó con un catarro normal de peques, el médico no le dio importancia; al atardecer comenzó a subirle la fiebre y sin parar de llorar pasó toda la noche sin que la medicación le hiciera efecto. Comenzaron a salirle unas manchas moradas oscuras por el cuerpo; sin dudar lo fuimos al médico pues aumentaban por segundos. Después de hacerle pruebas nos dijeron que no teníamos con quien contar: era una septicemia. Le pusieron un tratamiento fortísimo, en una palabra fueron a por todas, de manera que si salía de la enfermedad le afectaría a cualquier órgano o tendría algún tipo de secuela. Fueron tres días sobre todo de oración. Por todo el mundo —y digo bien al tiempo que doy las gracias por ello— se rogó por mi niño; yo en especial se lo pedí a D. José Rivera. Ahora el niño tiene casi tres años y está hecho un sol, sin ningún síntoma ni rastro de haber tenido ninguna enfermedad. Fueron tantos los rezos que te queda la duda sobre el intercesor, sabiendo que siempre es la voluntad de Dios.*

El destino ha querido que también ahora en febrero, sólo que en el año 2005, una persona muy querida pero ajena a mi familia, está aquejada desde hace un año aproximadamente de una enfermedad progresiva, y empeoró al punto de ingresarla en fase terminal entrando en coma profundo. Yo egoístamente, como si fuese un reto, le pedí a D. José Rivera me quitase la duda que me quedó cuando mi niño sanó, y que dejase vivir a esta persona, que es joven y la necesitan en su casa. Después de tres días en coma sale de ella, los médicos no se lo explican ni incluso el sacerdote que le dio la extremaunción... Se fue a su casa estupendamente.

Yo lo tengo muy claro: gracias D. José por su intercesión ante Dios y María Santísima.

M.R.R. (Toledo): *Un familiar muy próximo necesitó una operación de trasplante renal; su hermano le cedió un riñón. Después de la operación se complicaron las cosas: la recuperación no era como esperaban los médicos. Yo recé con todas mis fuerzas a D. José Rivera por su sanación. Pasados unos días todo mejoró y al poco estaba en su casa recuperándose. Gracias D. José Rivera.*

NOS ESCRIBEN:

No tuve la suerte de conocer a D. José en vida. Mi padre —ya fallecido y nacido en 1924— siempre dijo de él que era un hombre de Dios. Por la mediación de personas que lo trataron y con las que guardo buena relación, fui conociendo nuevos detalles de su personalidad que cada día —cuanto más iba sabiendo de él— me atraían con una fuerza especial. Por todo ello solicité al párroco de la iglesia de San Julián cualquier escrito relacionado con su persona. Para mi alegría me hizo llegar una caja, procedente de la Fundación “José Rivera”. Debo decir que su contenido resultó para mí una grata sorpresa. Ello me ha permitido conocer algunos fragmentos de su Diario, tan personal y sentido. Me resulta difícil establecer con exactitud toda la influencia que éstos puedan estar obrando en mí, porque me falta mucho por leer y cada día descubro en esas lecturas una fuente inagotable de fe —en Dios— y dignidad —para con los hombres—. Quiero transmitirles mi agradecimiento sincero y ponerme a su disposición en la causa que están llevando de un modo ejemplar.

A. N. F., Toledo.

La Fundación «José Rivera» distribuye gratuitamente Cuadernos con escritos del Siervo de Dios. Para los donativos, ingresar en:
TOLEDO, Banco Central Hispano;
C/C 0049-2604-41-1811068090

Rogamos comuniquen a esta Postulación las gracias obtenidas por la intercesión del Siervo de Dios José Rivera.

**CAUSA DE CANONIZACIÓN
D. JOSÉ RIVERA RAMÍREZ
Apdo. 307. 45080-TOLEDO.**

**Imprimatur: ✠ Antonio Cañizares,
Arzobispo de Toledo
1 de junio de 2005**